



A lo largo de su vida laboral ha obtenido diversos reconocimientos, entre los que figuran las medallas Rafael María de Mendive y Pepito Tey. /Foto: Cortesía del entrevistado

Una vida para la Educación Especial

Fidel García Jacomino ha entregado más de cuatro décadas a esta enseñanza, que califica como una de sus grandes pasiones y una sublime profesión de amor

Gabriela Estrella Cañizares

“Nunca me arrepentiré de haber dedicado mi vida a una labor tan noble como la enseñanza en la Educación Especial, esa sublime profesión de amor que está en mi sangre y de la que no creo poder desprenderme, pues me atrapó desde el primer instante”, asegura Fidel García Jacomino, quien ha entregado al magisterio más de 40 años de vida, muchas horas de preparación y grandes sacrificios para garantizar que sus alumnos aprendan y se superen cada día.

Su primer contacto con la labor educativa tuvo lugar cuando formó parte del proyecto Guerrilleros de la Enseñanza. Ello lo motivó mucho a decidirse por esta carrera y al concluir el sexto grado se incorporó a la escuela formadora de maestros Rafael María de Mendive, en Sancti Spíritus.

“Me gradué de maestro primario y, luego, escogí la especialidad de Logopedia, que concluí tras dos años en La Habana, donde finalicé mi licenciatura y, a partir de allí, continúe superándome hasta obtener el grado de máster en Ciencias de la Educación”, puntualiza.

Comenzó su vida laboral en Sancti Spíritus en 1981, en la entonces Escuela de Conducta; luego transitó por otros centros de Educación Especial en la provincia, entre ellos las instituciones educativas Frank País, Efraín Alfonso y

Rafael Morales, esta última destinada al aprendizaje de niños y jóvenes sordos e hipoacúsicos; más tarde, se incorporó como logopeda a la escuela Protesta de Jarao.

“Cuando abrieron en Sancti Spíritus el centro para atender a estudiantes con trastornos severos en el lenguaje no lo dudé y me sumé a ese colectivo, donde permanecí seis años. Llegó a convertirse en Vanguardia Nacional y referencia en toda Cuba gracias a la unidad y superación constante de los profesionales que allí laborábamos”, asegura.

Luego, Fidel se incorporó a trabajar como metodólogo integral en Educación, donde se mantiene hoy con la perspectiva de garantizar la preparación de niños y jóvenes, además de formar a otros profesionales que se abren paso en la Educación Especial.

“Preparar a otros profesores que hoy comienzan su vida profesional es todo un reto, una gran responsabilidad, pues esos jóvenes nos ven como un paradigma; es nuestro trabajo educarlos bien para que puedan entregar su mejor versión en las aulas”, puntualiza Fidel.

Asimismo, trabaja desde hace varios años en todos los colectivos de autores de su especialidad (trastornos de comunicación, dificultades generalizadas para el aprendizaje y Trastorno del Espectro Autista), una tarea que le fue encomendada a

nivel nacional y que ha posibilitado la publicación de cuadernos de trabajo para estudiantes, así como orientaciones y programas pedagógicos destinados a educadores.

De igual modo, Fidel se vincula a diversas investigaciones científicas relacionadas con la logopedia para ayudar a niños y jóvenes que presentan este tipo de trastornos.

“Me siento profundamente orgulloso de dedicar toda mi vida a la Enseñanza Especial, es algo que llevo en la sangre y a lo que espero no renunciar nunca porque me hace verdaderamente feliz”, precisa.

Al indagar sobre las características que debe tener un buen profesional de esa especialidad, asegura sonriente: “Lo primero es el amor hacia nuestros niños, la entrega y la responsabilidad, hay conocimientos que solo llegan con el ejercicio de la profesión, pero cuando se trabaja con amor y hay deseos de aprender nada puede fallar.

“Como educadores tenemos una gran responsabilidad para hacer crecer a nuestros estudiantes, pero si no hay amor en ello entonces no podremos lograrlo, hay que poner mucho cariño en lo que hacemos porque creo, firmemente, que no hay nada en esta profesión que pueda escapar al amor”, concluye Fidel entre lágrimas al evocar tantos momentos trascendentales que le ha regalado el magisterio.

La cooperativa Luis La O es una familia grande

Lo asegura María del Pilar Martínez, quien se desempeña desde hace 12 años como presidenta de ese colectivo en el municipio de Yaguajay

Greidy Mejía Cárdenas

Ni a sus 61 años de edad María del Pilar Martínez Hernández ha soltado los aríques que heredó de su familia campesina. Quizás por ello, aun cuando alcanzó el técnico de nivel medio en Contabilidad y laboró como profesora de Biología, jamás logró decirle adiós al campo.

Tanto es así que en el 2007 ingresó a la Cooperativa de Créditos y Servicios (CCS) Luis La O, del municipio de Yaguajay, ubicado en el centro norte de Cuba. Primero se desempeñó como económica hasta que, más tarde, asumió las riendas de la base productiva con la misma destreza que dominó los números y las clases frente a un aula.

“Vengo de una familia anapista y mi antiguo presidente, vecino mío aquí, en Meneses, me contrató para económica y me fue preparando hasta que asumí la presidencia de la cooperativa. Poco a poco fui aprendiendo. Me gustó mucho ese mundo y aquí estoy desde el año 2013”, explica con la misma seguridad que camina los surcos y encara los problemas.

Según cuenta no le resultó complejo dirigir, pues del 2007 al 2013 conoció palmo a palmo las áreas de la cooperativa y estuvo cerca de los asociados. Y es que a Pilar, como todos la conocen en Yaguajay, no la frenó la dispersión geográfica de las fincas campesinas que integran la CCS y, mucho menos, los compromisos productivos. Le bastaba entrega y voluntad para trabajar.

Enfocados en la producción de alimentos para el pueblo, sobre todo, leche y carne vacuna, además de los cultivos varios, los más de 150 asociados de la Luis La O laboran a diario por cumplir los encargos productivos. En unas 714 hectáreas de tierra los campesinos sacan lo mejor de sí.

“Hasta ahora las producciones se comportan estables. Estamos cumpliendo en la leche al 102 por ciento; la carne vacuna está cumplida, y falta algo de cultivos varios que en el transcurso del año pensamos concretar. El plan del 2025 va a ser cumplido”, explica.

Y aunque la cooperativa avanza, Pilar no se conforma. Por ello siempre está cerca de los campesinos, auscultando sus realidades, rompiendo obstáculos, abriendo caminos. Para esta mujer de estirpe guajira, que está dentro de las cuatro féminas al frente de

bases productivas en el norte espinuano, los planes de la cooperativa son asuntos sagrados.

“Yo quisiera más resultados de los que tengo, pero este año ha sido complejo por la situación que enfrentamos con la falta de recursos e insumos. No obstante, seguimos trabajando para cumplir con lo que nos toca”, asegura Martínez Hernández y no deja de reconocer a los asociados, esos hombres y mujeres que se entregan en cuerpo y alma al campo.

“Visitamos mucho a los campesinos. Vamos a sus casas y vemos los problemas que tienen y tratamos de ayudar en lo que podamos. Creo que la presencia de la junta directiva en las diferentes áreas de la cooperativa motiva el cumplimiento de los planes. Además, no nos podemos quejar del campesinado que tenemos, porque nos respetan y poseen un alto compromiso con la labor que desempeñan”, detalla la presidenta de la Luis La O.

Pilar desde hace 12 años encauza los pasos de la CCS Luis La O. Y aunque para muchos pudiera parecer una tarea titánica, para ella ha sido un camino hermoso. Se coló de a poco entre los campesinos y hoy, más que asociados, son parte de su familia.

“Aquí somos una gran familia. Nos respetamos, queremos, y ayudamos. Además, el rol que estamos desempeñando las mujeres en el sector agropecuario es muy importante. Para nosotras no hay obstáculos en el cumplimiento de una tarea”, alega.

Unido al quehacer de la cooperativa, también está su hogar: “Tengo una familia que me ayuda mucho, y mi mamá, a pesar de contar con una avanzada edad, siempre está a mi lado”, confiesa quien se siente dichosa por tener a sus seres queridos, quienes la oxigenan para que siga así, con el oído pegado a la tierra.

“En ningún momento me arrepiento de haber llegado a la ANAP. Quiero mucho a Educación también, porque de ahí partí, pero estoy muy contenta por ser anapista. Voy a estar aquí todo el tiempo que pueda. La CCS Luis La O es una familia grande”, concluye.

Pilar suelta estas palabras y no puede contener la emoción. Sabe de sobra cuánto significan para ella la cooperativa y sus asociados. En las áreas de esta base productiva aprendió de sacrificios, desvelos y de amor por la tierra. Por ello, agradece haber llegado a su otra casa: la CCS Luis La O.



“Visitamos mucho a los campesinos. Vamos a sus casas y tratamos de ayudar en lo que podamos”, detalla María del Pilar. /Foto: Cortesía de la entrevistada